

Homilía del Sr. Obispo, D. Demetrio Fernández González
En la Ordenación sacerdotal de Javier Vicente Sanz Lozano.
Parroquia del Santo Sepulcro. Calatayud, 3 de julio de 2005

Queridos hermanos todos:

Hoy es un día de gozo. Presbiterio unido al obispo, queridos hermanos sacerdotes, también los que habéis venido de las diócesis hermanas de Aragón y otros lugares de España.

Especialmente tú, *querido Javier*. Te saludo con toda mi alma en este día gozoso de tu ordenación sacerdotal, y a tus padres, y a tus hermanos y a toda la familia que hoy vive esta jornada gozosa de recibir el don de un sacerdote en su familia. Y al párroco don Miguel que ha preparado con esmero este momento y al consejo pastoral de la parroquia que se ha esforzado en tenerlo todo a punto, de manera que hoy nos encontremos todos tan a gusto en la Casa de Dios, en esta Iglesia del Santo Sepulcro de Calatayud.

Y a todos vosotros, queridos hermanos y hermanas en el Señor

Hoy es día de gozo para la Iglesia diocesana de Tarazona. Por el ministerio del Obispo, que te impondrá sus manos e invocará al Espíritu Santo, acompañado de los presbíteros, que impondrán también sus manos sobre tu cabeza, serás consagrado *sacerdote del Señor*.

Nos encontramos ante uno de esos momentos en que la Iglesia abre sus tesoros, los tesoros que Dios le ha confiado, y los comunica a los hombres, haciéndonos a unos colaboradores de los otros, y todos edificando la Casa de Dios, que es la misma Iglesia.

1. Una libertad conquistada

En el misterio de tu vocación sacerdotal, querido Javier, que hoy se nos pone delante de los ojos, resplandece el misterio de la libertad.

En primer lugar, de la *libertad de Dios*. Dios llama a quien quiere. Y es El quien te llama, para consagrarte sacerdote y enviarte a los hombres. La vocación sacerdotal es fruto de la libertad de Dios, que te ha elegido desde toda la eternidad. Se ha escuchado tu nombre en este momento histórico y geográfico concreto, en esta tarde. “Demos gracias a Dios”, ha proclamado la asamblea al oír que Dios te llama por tu nombre.

“Nadie puede arrogarse este honor, si no es llamado por Dios”, nos ha recordado la Carta a los Hebreos. Nadie tiene derecho a ser ordenado sacerdote. Cuando hay colectivos que reivindican la ordenación sacerdotal, olvidan este fundamental principio, que estamos considerando.

No se llega al sacerdocio en virtud de los méritos propios, ni reivindicando ningún derecho, que no existe, ni por la elección de la comunidad. Se llega al sacerdocio por la libre elección de Dios. Es don de Dios. Es llamada de Dios. Es libertad de Dios, que elige a quien quiere. Adoremos la libertad de Dios, que llama, que continúa llamando, que seguirá llamando, porque El quiere dar a su Iglesia pastores según su corazón.

Y, cuando es Dios quien llama, y esta llamada es percibida claramente, la *libertad del hombre* es redimida de sus esclavitudes para responder afirmativamente, como es el caso en el que nos encontramos. Si esa libertad humana no fuera redimida, sería imposible responder, aunque Dios llamara. Pero cuando Dios llama, y hace percibir su llamada, cura la libertad humana para que ésta llegue a su plenitud en el sí, por el que responde a la llamada de Dios.

Nadie te ha obligado a ser sacerdote. Y si fuera así, la ordenación no sería válida, como no lo es ningún otro acto humano que se realiza por coacción grave. Dios es celoso de la libertad del hombre, y quiere que le respondamos con plena libertad. Nunca es uno más libre que cuando responde a las llamadas de Dios. Cuando uno hace su gusto, no sabe si va por buen camino. Pero cuando responde a las llamadas de Dios, está seguro de que camina por sendas de libertad.

Si es adorable la libertad de Dios que llama, es asombrosa la libertad de quien responde. Cada uno de nosotros ha sido llamado a una vocación específica. Hoy tú eres llamado al sacerdocio ministerial. Sintamos la libertad de decirle sí al Señor, y pidámosle el don de la perseverancia y de la fidelidad a sus dones para toda la vida.

En toda campaña o programa vocacional es imprescindible este planteamiento de libertad. La vocación es de Dios, la respuesta es del hombre. Por eso, el primer elemento de una sana pastoral vocacional es la oración, que nos introduce en el misterio de este cruce de libertades. Pidamos al Señor que envíe obreros a su mies, que envíe sacerdotes a nuestra diócesis de Tarazona y a la Iglesia universal. El ha condicionado este don concreto a la petición humilde de quienes lo necesitan. Y nosotros lo necesitamos. “Rogad al dueño de la mies que envíe obreros, trabajadores a su mies”.

Y junto a la oración, hagamos la propuesta clara y explícita. No nos dé vergüenza, no tengamos miedo, de ser altavoces de Dios para jóvenes, para niños, para adolescentes que encontremos en nuestra vida. Quizá nuestra llamada encuentre eco en quienes la reciban. Estoy seguro de que Dios no nos abandonará y nos dará sacerdotes.

Jóvenes, si escucháis la llamada del Señor, no tengáis miedo. El Dios que os llama, os fortalecerá para mantener vuestro sí, firmes hasta el final de la vida.

2. Una vida transformada

Si abrimos los ojos de la fe, asistimos a un admirable misterio. Dios Padre que te llama, y que por el Bautismo te hizo miembro de Cristo y de su Iglesia, hoy por el sacramento del Orden te configura y te hace más parecido a su Hijo único Jesucristo, verdadero y único sacerdote, mediador entre Dios y los hombres.

Tu vida cambia. Ya no eres uno más. Eres expropiado para servir al Señor y para servir a los hombres en las cosas de Dios. A partir de hoy eres sacerdote, y lo eres para siempre. “Tú eres sacerdote para siempre, según el rito de Melquisedec”, hemos escuchado en la segunda lectura.

Para el sacerdote ordenado hay un momento supremo, que se repite a diario, y es aquel en que tus palabras son las de Cristo y las de Cristo son las tuyas: “Esto es mi cuerpo... Este es el cáliz de mi sangre derramada para el perdón de los pecados...”. Es el momento supremo de la consagración del pan en el Cuerpo de Cristo y del vino en su

Sangre. En tus manos, a partir de hoy tendrás el Cuerpo de Cristo, que es tu cuerpo, y tu cuerpo es el de Cristo. *Cristo y tú seréis una sola cosa*. No te dejes acostumbrar por la rutina o el desinterés. Aviva cada día en tu corazón el temblor de quien adora el misterio que Dios mismo ha puesto en sus manos.

Y lo mismo que tu palabra transforma el pan en el Cuerpo del Señor, de manera análoga todo tu ministerio sacerdotal, tu vida, tu palabra serán capaces de cambiar la realidad que te rodea, serán capaces de cambiar el corazón de los hombres. ¡Cuántos se acercarán a ti, y en el nombre del Señor les dirás: “Yo te absuelvo de tus pecados...” y devolverás a aquel corazón la paz que sólo Dios puede dar, por que es la paz del perdón y de la misericordia!. No son tus cualidades, será el poder de Dios. Si crees esto, verás cosas grandes en tu vida de sacerdote que hoy comienza. Cuánto bien hace un sacerdote cuando cree en la eficacia de su ministerio.

Si esto es así, no tengas miedo de vivir como sacerdote las 24 horas del día. Eres sacerdote siempre. No sólo unas horas. El descanso, el alimento, el vestido han de ser los de un sacerdote. De uno que ya no vive para sí, sino para quien le ha hecho libre, para Cristo. No te dé vergüenza vestir de cura, como ya lo haces. Se pasó la época en que se pensaba que la supresión de toda diferencia acercaba más a la gente. Si uno se presenta con humildad y con sencillez, pero con clara identidad, está ofreciendo sin palabras el *gozo de sentirse sacerdote*, que en tantas ocasiones ha desaparecido de nuestro ambiente. Y los fieles te lo agradecerán, y muchos jóvenes se sentirán interpelados con tu simple presencia.

Una vida trasformada por la oración. No dejes nunca la oración de Liturgia de las Horas, que solemnemente has prometido rezar cada día en favor de los hombres. Nos recuerda san Juan de Ávila que no debe ordenarse sacerdote quien no tenga experiencia de que Dios le escucha. El sacerdote es el hombre de la oración, de la intercesión. “Este es el que ama a sus hermanos, el que ora mucho por su pueblo”. Solo en clima de oración podrás vivir y crecer en el gozo con que Dios hoy te rodea. De lo contrario, lo que hoy vivimos todos, se esfuma como un sentimiento vago y superficial. La oración te devolverá continuamente al centro de tu vida, y el gozo que hoy todos sentimos y que tú sientes, será creciente, no tiene por qué menguar o desaparecer. Si aflojamos en la vida de oración, nos recuerda el cardenal Ratzinger, no sólo decae nuestra vida de fe, sino que incluso podríamos llegar a perder la fe, como sucede a tantos contemporáneos nuestros.

Una vida en la que buscas la voluntad de Dios, no la tuya, servida por tus superiores, por tu Obispo, por el Papa. Has elegido para tus recordatorios aquella frase de santa Maravillas: “Lo que Dios quiera, cuando Dios quiera, como Dios quiera”. Repítela muchas veces. Ello te pondrá en actitud de recibir los dones de Dios que superan con mucho lo que tú puedas imaginar o lo que tú puedas proyectar para tu vida. Déjate llevar por Dios. Él te tiene preparados caminos mejores que los que tú puedas diseñar.

Una vida en la que tu corazón es de Cristo, procurando alimentar este amor esponsal que acoge el amor de Cristo y lo expresa con una vida célibe. Pon las cautelas que la Iglesia te recomienda. Una vida que no busca ganar dinero, ni honores, ni carreras humanas, ni prestigios humanos, sino que busca servir desde la pobreza y la austeridad de vida el gran misterio de Dios, los dones de la redención para todos los hombres.

3. *Imita lo que conmemoras*

Dentro de unos instantes el obispo te dirá esta frase, a la que recomiendo que vuelvas con frecuencia: “Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor”.

La cruz de Cristo será un ingrediente necesario en tu vida sacerdotal. El Señor no te llama a una vida cómoda e instalada, sino a hacer presente el misterio de la redención, que es misterio de cruz y de resurrección.

Recuerda san Juan de Ávila que son las lágrimas las que ayudan a engendrar hijos para Dios. Pero que en la tarea de la crianza de esos hijos, son las mil preocupaciones las que constituyen un sinvivir hasta ver a los hijos crecidos. Y qué decir cuando uno de ellos se muere, o se aparta de Dios, o se niega a seguir adelante.”No hay dolor que a este se iguale”, nos recuerda. Pero aunque esté el corazón traspasado por estos dolores, no ha de aflojar ni descansar, sino que, teniendo ganas de llorar con unos, ha de reír con otros, disimulando sus lágrimas para no hacer daño a los que necesitan estímulo.

El obispo y el sacerdote, si aman de verdad con corazón de padre, a veces tienen ganas de llorar, pero ha de sacar fuerzas de donde sea para proponer a los demás hijos el gozo de la vida cristiana. Hoy es día de gozo. Alegrémonos en el Señor, que nos regala hoy con tantos dones.

La cruz del Señor, de la que El te hará partícipe según vayas creciendo, es posible soportarla en la medida en que vivas el gozo de la unión con Jesucristo, que hoy te consagra sacerdote. Vive muy unido a Jesucristo, y podrás redimir con El a muchos hermanos. Si, por el contrario, aflojas en tu trato con El, buscarás mil excusas para no cargar con la cruz, y en definitiva rehuirás el trabajo y los dolores de engendrar hijos para Dios.

Jesús vivió su pasión con el “alma feliz y doliente” (*Sta. Catalina de Siena*, citada por Juan Pablo II en *NMI*, 27). “Feliz”, por que veía al Padre. “Doliente”, por el pecado de los hombres. Son sentimientos contrapuestos, pero no se excluyen el uno al otro. Pueden ser simultáneos. Más aún, lo son. En la vida de un sacerdote, de un padre de familia, de cualquiera que tiene una responsabilidad con los demás.

En Jesucristo, el gozo del ver al Padre es el que sostiene su dolor sobrehumano. No soporta Jesucristo el sufrimiento por una actitud espartana o de héroe pagano. Sino porque le sostiene el Padre con un gozo misterioso, que sólo ellos conocen. Jesucristo, cuando nos invita a cargar con su cruz, a llevar su yugo que es suave, su carga ligera, nos hace partícipes de su gozo misterioso. Y sólo desde ahí, unidos a El, podremos afrontar los duros trabajos del Evangelio o las lágrimas que lleva consigo engendrar hijos para Dios. El sacerdote y el cristiano prolongan en su vida estas actitudes, pero es el en la Eucaristía donde continuamente se alimentan.

Continuamos la celebración de estos santos misterios, de esta Eucaristía, en la que naces como sacerdote. El sacerdote ha nacido en la Eucaristía y para la Eucaristía. En la Eucaristía de esta tarde tú recibes este gran regalo que no es solo para ti. Es para compartirlo con todos, y por eso estamos contentos. Alegremos todos en el Señor, al recibir en este tarde el regalo de un nuevo sacerdote para nuestra diócesis.